

BITÁCORA DE UN HOMBRE COMÚN

A journal of a typical man

*Henry Sevilla Morales**

Mi historia comienza antes de lo que yo mismo podría, algún día, llegar a comprender. Me llamo...

Parece que he olvidado ya hasta mi propio nombre, pero he oído que hay quienes gustan llamarme “El Comecuellos”, a pesar de nunca haber comido uno, no completamente, al menos. Aquellos que aseguran estar cuerdos afirman que poseo un brillo aterrador en mi ojo izquierdo, que mis caninos son como de animal de rapiña y que tengo una estricta afición por el olor de las cucarachas, aunque creo que desconocen que tampoco he comido una si quiera (no obstante las extirpo y las almaceno en un vaso de alcohol).

Pero, no es de mis fascinaciones ni de las atribuciones que la gente ha hecho de mi miserable ser de lo que quiero hablar ahora. A menudo pienso que la atención que recibo tan fanáticamente no es sino el resultado de alguna carencia de este tropel de criaturas condenadas que suelen llamarse humanos.

Como podrán imaginar, hay quienes me han llegado a creer canibal, aunque la carne que más me deleita no es precisamente la

humana. Y a pesar de todas estas atribuciones, yo sigo pensando que estoy tan cuerdo como ustedes!; pero únicamente en que las mías las llevo a flor de piel y no me interesa ocultarlas bajo las aguas del inconsciente. Ahora, si me lo permiten, desnudaré llana y tajantemente en la siguiente historia, algunas de las tenebrosidades que tan a menudo me circundan. He aquí mi relato:

En una tarde cualquiera de mayo, apareció en el pueblo un hombre oscuro. Aunque se dice que en la vida nada ocurre por casualidad, a menudo prefiero pensar que aquel fue un evento netamente fortuito, pues la idea del Fátum no es que me atraiga del todo. El forastero llegó en pleno temporal, y tendió la ancha espalda sobre una butaca detrás del campanario. Aparentaba un cansancio como producido por una travesía milenaria, y había encendido, a sus pies, una fogata para calentarse los pies desnudos; morados por el frío. Tenía entre las manos un enorme pájaro con el pecho reventado. La carne despedía un olor repugnante, y la fuerza se le adivinaba

* Universidad Estatal a Distancia. Costa Rica.
Correo electrónico: al_deron@hotmail.com
Recepción: 07/08/13. Aceptación: 04/11/13.

hercúlea, como la de algún Buendía, y su mirada espectral ocultaba los enigmas de un tiempo remoto y bárbarico.

La gente, al verlo, se llenó inmediatamente de pavor. Madres gritaban, niños lloraban y hombres bramaban de espanto; pronto se corrió la voz: ¡en el pueblo había un animal con apariencia de hombre! Cuatro hombres de negra barba se le acercaron y lo fueron sitiando hasta dejarlo rodeado, y alguno con ronca voz le preguntó:

— ¿De dónde viene y qué es lo que busca, forastero?
Por aquí nadie lo quiere: ¡lárguese ahora mismo!

Pero el forastero permaneció inmutable, como si no hubiera entendido palabra. Sacó de debajo del fajón de cuero un enorme puñal que sajó en dos el blando pecho del ave, y empezó a rasgar la carne tibia; mientras los hombres, patidifusos, se fueron alejando poco a poco y se perdieron en el silencio de la aldea. Yo entre tanto, miraba maravillado al hombre que devoraba la blanda ave con apetito de bestia.

De niño siempre tuve afición por morder yuca y maíz crudos, ¿acaso por ver a los enormes cerdos triturar con tan voraz apetito los alimentos en sus canoas? Hasta entonces, el hecho me había parecido la cosa más trivial de mi vida, pero al sentir que este hombre de piel parda me provocaba aquellos impulsos, empecé a percatarme de alguna verdad largamente oculta. Mi psique se llenó súbitamente de pensamientos animalescos, de modo que no pude evitar lanzarme delirante sobre su presa, forcejeando el ave en sanguinaria disputa, mientras un borbotón de imágenes de infancia se arracimaban en la mente, y seguí poblándome de recuerdos nunca antes destapados a mi yo racional y consciente. Poco a poco fui ganándole la pelea al forastero, y cuando me vi, estaba yo arrancándole dentelladas de carne y plumas a la pechuga del pájaro. El hombre me miró y se quedó inmóvil, cogitabundo, como comprendiendo una conducta aberrante, que nadie más estaba facultado a comprender.

El vendaval amainó de pronto, y oficialmente me había convertido yo en un

hombre iniciado. Suavemente, se empezaron a colar los gruesos hilos del sol entre nubarrones, que se iban lobregueciendo con la caída del poniente. El forastero, mudo todavía, dejó caer sus pies desnudos sobre el pasto mojado y emprendió el regreso hacia la nada, de donde había salido. Yo no podía quitarle la vista de encima y pensaba en las tantas veces que había sentido un compulsivo ardor de dientes, como la comezón que se siente cuando un colmillo empieza a reventar la encía en señal de brote, y me quedó una sensación extática en toda la boca, que me entumecía las mandíbulas.

Pero, yo no quería dejar ir al hombre. De alguna forma, este ser celestial o demonio representaba todo el yo que durante tanto tiempo aprisioné en el oscuro pozo de la *persona*. Así que le seguí a paso lento, sintiendo de cuando en cuando su mirada de buitre atravesarme de súbito el pecho.

Oscureció. Entre los cerros que gobiernan los linderos intransitables de la aldea, se abrió un sendero estrecho, y en él nos clavamos los dos; yo detrás de él. Se apoderó de mí un sentimiento borrascoso; una combinación de júbilo, lobreguez y espanto. De repente, la sensación de entumecimiento de mandíbulas aumentó y una comezón desesperante empezó a esparcirse entre mis incisivos, luego en los caninos y finalmente hasta la garganta. El hombre se detuvo, se recostó en las gambas inmensas de un extraño árbol, y pareció quedarse profundamente dormido.

La luna se levantó, rojiza y gorda entre las copas de los árboles chatos, dejando caer un rayo ancho sobre el cuello fibroso del hombre. Yo lo miré con exquisito apetito de hombre común, y por un instante de ambivalencias morales, reflexioné:

A lo largo de los años, el ser humano se va llenando de doctrinas y consignas que dictan su proceder, sus puntos y sus comas; lo que es bueno y lo que es malo, y vive como los hipócritas que, habiendo matado al muerto, lo lloran como Magdalenas y suplican perdón a la Nada, que es lo único en que creen, y asisten a su entierro, y terminan el día dándole el pésame a los dolientes, con sonrisa bien dibujada, y todo. Cuántos Tarquinos violadores, repudiados por

el mundo, una vez cometidas sus barbaries, lloran con el corazón estrujado, la desgracia perpetrada por su propia *sombra*.

En ese instante supe que las palabras de Juan Pablo Castel, el asesino en la novela de Sábato, tenían mucho sentido, y que no es hasta que uno se topa consigo mismo, y descubre que es grotesco, primitivo y “animal”, cuando se da cuenta de la farsa de moral en la que tan vergonzosamente se ha caído. Yo no recuerdo, nunca antes en vida, haber experimentado una realización tan clara y atroz como ese día frente al forastero mudo, pero yo no me reprocho mis proceder en ninguna forma. Todo lo contrario, ahí, frente al yaciente bulto, sintiendo un vértigo iracundo que poseía mi alma, fue cuando supe lo que quería y debía hacer.

Pero empecé de pronto como a trastornarme. Escuché voces resonantes entre los árboles, y una orquesta infernal empezó a emanar de entre las sombras de la selva, haciendo que se tensaran los tejidos de mi propio pulso; a punto de reventar. Delirio, exaltación, locura... todos juntos, revoloteándose en indescriptible convulsión dentro de mí. Escuché una voz tronante caer del cielo, y entonces, un grito todavía más detestable salió de mi pecho, ennegreciendo más la escena infernal que amedrentaba el bosque. Pero mi mente no se alivió. Por el contrario, el vértigo se acrecentaba y los dientes estaban a punto de reventarme las encías; así que no me contuve más, y como una bestia de los avernos, me lancé sobre el cuello del hombre.

Ya he mencionado que de niño me asaltaban “extrañas” fascinaciones. He de confesar que fumo más de lo que como, y que aún hoy, teniendo ya plena consciencia de mi lado oscuro y de mis exquisitos deleites, me siento embriagado por el olor a atún enlatado; me enloquece el olor de una nariz femenina, moqueante, y no paro de mear si llego a morder una, aunque sea solo suavemente. Una vez estuve a punto de secuestrar a una mozueta que tenía una nariz particularmente blanda, blanca como pulpa de guanábana, para cortarla con un afilado escalpelo y pasar la noche entera mascándola,

hasta que el entumecimiento se fuera y me dejara dormir en paz. Pero en fin, esta última afición surgió luego del acontecimiento del cuello del forastero.

El caso es que, habiendo revigorizado mis pensamientos, y descubriéndome de cualquier remordimiento aprendido, embestí al bulto que fue el inicio mismo de mi *viaje* de insigne héroe. Mis dientes se clavaron en su cuello, y cual los de una Mata Buey, empezaron a rasgar su carne. Como despertado por una horripilante pesadilla, el otro hacía bruscos movimientos para defenderse; pero todo en vano. Mi fuerza se había triplicado, y a medida que él se ahogaba en demoniacos estertores, yo le seguía hundiendo mis dientes por toda la cervical. Poco a poco la bestia se fue quedando quieta, dejando de vez en cuando escapar intraducibles clamores, que aunque mi curiosidad así lo quiera, nunca llegaré a descifrar. Una espumosa turbulencia emanaba de su yugular y mis ganas de desgarrar de pronto cesaron. Entonces vi, con espanto, que su cuerpo se iba vaciando, y la memoria se me volvió a poblar de siniestros recuerdos.

Aquellos recuerdos se me venían todos a galope, pero muy borrosamente, girando en desorden y revelándome poco o nada de lo que desde hacía rato me estaba urgiendo saber. Sin embargo, a fuerza de reventarme los sesos, pensando y recordando, logré penetrar en un evento de mi infancia, que a la fecha, en vez de haberme traído paz y serenidad, más bien no ha dejado de quitarme el sueño ni una sola noche. Allá en lo recóndito y lejano de mi cerebro, una imagen se empezó a esclarecer hasta que pude finalmente tener control absoluto de sus detalles.

Fue una semana santa. Tendría yo apenas cinco años cuando, en plena mañana de lunes apareció en la casa un hombre en busca de trabajo en los sembradíos de mi padre. El sujeto fue hospedado en un anexo de nuestra casa de madera y ese mismo día por la tarde, fue de cacería y regresó con dos iguanas enormes, verdes y con el vientre a reventar de huevos. Recuerdo que las degolló sobre un tronco de madera en el patio de la casa y las puso a soasar sobre las brasas del fogón para poder removerles la piel más fácilmente. Mi madre

andaba moliendo la maza donde una vecina, para las rosquillas de la semana; mi hermano menor, de cuatro años apenas, dormía plácida e inocentemente sobre una hamaca en la solera de la casa. Yo espiaba al extraño desde la ventana de mi cuarto y lo veía hundir un afilado puñal delicadamente sobre el vientre de los reptiles, mientras estos se retorcián violentamente, como si estuvieran vivos todavía. Mi corazón se empezó a llenar de un palpito atroz, que se fue transformando poco a poco en mareo y asco, pero mis ojos estaban como congelados en la mano del hombre, quien con ávido arte quirúrgico iba seccionando los vientres de las iguanas. Entonces observé que su rostro se llenaba paulatinamente de una extraña malicia, y luego, en cabizbaja y morbosa pose, engulló las vísceras humeantes de los animales. Luego escuché lejanamente los gritos desesperados de mi madre, quien habiéndome encontrado desmayado sobre el piso de tierra, daba gritos y suplicaba por ayuda, repitiendo que su hijo se moría.

Desde esa tarde de lunes en adelante, mi cerebro se empeñó en borrar cualquier reminiscencia del recuerdo relacionado con iguanas o con reptiles similares. Solo me quedó la fanática manía (sin tener la más remota idea de por qué) de repudiar cualquier cosa o bicho que se arrastrara por el suelo y que se semejara a esas aberrantes criaturas, que hasta en un drama llamado *La Noche de la Iguana* me tocó detestar.

Y así, con la mente todavía trastornada por el esclarecimiento del recuerdo (más que por haberle mutilado el cuello al forastero), en medio de la noche y del bosque, fue cuando pude finalmente entender el principio generador de parte de mis conductas. Mas ahora, ya no era yo un niño, era todo un hombre; un ser más que iniciado y casi listo para el *retorno*.

La selva de repente dio un vuelco, y no recuerdo mayor detalle de lo que sucedió esa noche. Cuando desperté, la mañana renovada me encontró desnudo y con la boca llena de coágulos. El oscuro hombre yacía inerte y lleno de moscas verdes y negras. Yo podía verlas claramente, dando zumbidos y chupando la

aberrante sanguaza coagulada del muerto. Era nauseabunda la escena.

Con grave consternación y lleno de náuseas, emprendí mi viaje hacia el este, meditando mi periplo y los posibles alcances de mis *nuevos* instintos. Pero, en adelante no me ocurrió gran cosa; me volví más artístico en lo anatómico y en lo fisiológico; apreciaba con mayor solemnidad todo tipo de anatomía y estética humanas; realmente las estimaba con las entrañas mismas de mi naturaleza.

Mi vida es un tanto extraña ahora. En sueños me deleito, aferrado a los más tiernos tejidos humanos, y de vez en cuando, de alguna ave de envergadura rolliza; pero hace mucho que no he vuelto a devorar ningún cuello; a la gente parece no gustarle. Mucho tiempo ha pasado ya desde aquella noche vertiginosa. Yo aún no puedo ver una nariz blanca sin que se me apetezca una noche de roja luna, masticándola en mi desván. Vivo aquí, solo y aislado del mundo, entre extensos volúmenes de anatomía humana, en un sótano que espero no descubra el tropel de los que se creen cuerdos.

Hace algún tiempo también que los cuerdos desprecian mi existencia, y he olvidado que algún día tuve un nombre. Por eso ahora, lo que hago principalmente es comer la posta cruda que secuestro en los cementerios, mientras rumeo melancólicos pesares y filosofo alguna blasfemia urgente.

Creo en lo profundo, que el evento del forastero de mi iniciación no me causa mayores trastornos, pero su eco aún me trepana el alma. Lo recuerdo a menudo, mudo, indefenso, convulsionándose ante mí como un epiléptico y endemoniado animal. Su hálito espectral me circunda el pensamiento día y noche, y no he parado de pensar en este suceso tan extraño pero a la vez tan liberador.

Hoy me siento un poco cansado. Por todas partes veo iguanas, pájaros muertos, cuellos y escalpelos; pero eso debería ser lo más normal en la psique de todo primate pensante. En todo caso, me recostaré sobre mis fantasías y dormiré una larga siesta, esperando despertar y poder ver el día cuando, cargado de espadas y destello, penetre en sus laberintos un glorioso Teseo, y

redima sus almas de los tentáculos opresores de eso a lo que ustedes mismos han venido a llamar cordura. Recuérdelo bien, entonces, juiciosas

criaturas del mundo: comer cuellos no es una aberración; es un acto inherente a la existencia de todo homo sapiens.

FIN



Este obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

